

LOS NUEVE EUROPEOS DE PARÍS

ESTOS nueve Jefes de Estado y de Gobierno que se reúnen ahora en París —jueves y viernes— son precisamente un embrión de Gobierno europeo. Quizá sus decisiones no sean muy abundantes. Pompidou ha dicho que no se debe esperar demasiado de la reunión y que «lo importante es reunirse», parafraseando así la otra vaciedad deportiva de que «lo importante es participar». Es una frase habitual, una forma de cubrirse. Parece que los europeos, hasta los marginales, estamos en derecho de esperar algunas cosas de esta reunión.

VOLVAMOS al ejemplo anterior, al precedente inmediato. La conferencia «cumbre» europea se reunió hace tres años en La Haya. Entonces no eran más que seis países. Sirvió para abrir el camino hacia la Comunidad a Gran Bretaña; sirvió para que Francia abandonase las posiciones rígidas anteriores —las del general De Gaulle—; para que Alemania Federal emprendiera un camino diplomático de apertura y reconciliación rápido, jugoso, eficaz. Para que ahora haya ya nueve miembros en lugar de seis. Y para dar alguna solidez a una idea que se estaba presentando como gaseosa, como especulativa. El europeísmo parece hoy cualquier cosa menos una utopía.

PROBABLEMENTE la reunión de París no será tan abundante de resultados inmediatos y visibles, pero puede tener consecuencias muy importantes. Una de ellas es la de que no se puede pensar solamente en una Europa económica con base estrictamente capitalista y con el Gobierno centralizado, más o menos ocultamente, en las grandes empresas multinacionales. La llamada de atención de Noruega, las tomas de posiciones del partido laborista británico —y la posibilidad de un referéndum en Gran Bretaña—, los programas de la oposición de izquierdas en Francia comienzan a mostrar que es posible y es prácticamente inevitable a largo plazo una «Europa de las poblaciones». Dependerá mucho de las formas de institucionalización europea que se adopten, y en París van a esbozarse, o quizá más que esbozarse, pese a la discreción con que se considera este problema en el orden del día.

UN interesante documento que se va a someter a la conferencia es el proyecto redactado y emitido por la Comisión permanente de la Comunidad. Esto es, por Sicco Mansholt. El texto completo de la proposición no se conoce aún —quizá se haga público enteramente después que lo hayan recibido y examinado los «Nueve»—, pero sí se sabe lo que Mansholt ha revelado de él, al llegar a París el sábado pasado. Sus tres puntos esenciales son éstos:

1. Abolición de todo control de aduanas y policía en las fronteras de los países del Mercado Común para los ciudadanos pertenecientes a él. Debe comenzar en 1973.
2. Convalidación automática de los títulos y diplomas universitarios. (Posteriormente habría un programa común y un régimen común para las Facultades de los nueve países.)
3. Derechos cívicos a los ciudadanos de un Estado que residan durante más de diez meses en otro de la Comunidad. (Entre estos derechos cívicos está no sólo el de votar, sino el de ser elegido; un luxemburgués, por ejemplo, podría ser diputado en Italia; o un francés en Bélgica...)

APRESUREMONOS a indicar que este programa no tiene ninguna posibilidad de ser adoptado en París en esta reunión. Mansholt no es precisamente un idealista, pero sí es un hombre que se va, que termina ahora en diciembre su estancia en el cargo de secretario general de la Comisión permanente, después de haberla servido durante catorce años, abandonando para ello su carrera política en su país —era diputado socialista en Holanda—, y que quiere perpetuar su trabajo consagrándose a buscar formas de unidad entre los Gobiernos con Gobierno socialista de Europa. Al irse, Mansholt ha dejado una especie de testamento político: una pieza de él fue su famoso informe reclamando una detención del desarrollo hasta sostenerlo en un «grado cero». Ha vuelto a hablar un poco de este tema ahora en París. Para Mansholt, más importante que la creación de un fondo monetario europeo o que los problemas comerciales con los países de fuera de la Comunidad es el refuerzo del poder de control de la Asamblea



europas, la descentralización, la regionalización, la cooperación, la participación obrera en el seno de las empresas, el crecimiento, lo que él llama «la calidad de vida» —ocio, cultura, arte, ecología— que «no pueden resolverse en una sociedad capitalista sin control», sino «en una sociedad donde haya verdadera participación, una auténtica sociedad socialista, que no sea solamente una sociedad capitalista rectificada».

QUEDA dicho que la conferencia de París no va a plantearse como discusión este programa, que es una expresión de deseos de Mansholt, y que Mansholt se va de su cargo. Pero queda el programa en pie como un futuro para la Comunidad Europea porque está muy anidado en diversos movimientos de población del continente, como el que han producido la defección de Noruega.

EN el punto de la Institucionalización, lo que parece que va a adquirirse en París (tiene, por lo menos, los votos de Dinamarca y del Benelux, la adhesión británica y una buena acogida alemana) es la idea de reforzar lo ya existente, sacar del fondo doctrinal del Tratado de Roma algunas provisiones y tratar de ponerlas en práctica. O sea, el Parlamento europeo que funciona —poco— en Estrasburgo. No hay mucho acuerdo en el tema. El Tratado de Roma pretende que haya elecciones directas para el nombramiento de los parlamentarios (elecciones con candidaturas, preparadas por los partidos políticos). Algún país pretende que se cree previamente un comité europeo formado por parlamentarios, que determine las funciones y las condiciones de funcionamiento del Parlamento de Estrasburgo. Como se ve por la anterior cita de Mansholt, éste pretende que el Parlamento represente un auténtico control sobre las decisiones europeas y que, por lo tanto, represente a las poblaciones. Este es un punto muy difícil de adquirir. Los poderes ejecutivos de Europa temen perder su fuerza. Pero es también muy difícil de negar o de soslayar. Los países del Benelux dependen muy directamente de sus opiniones públicas, Francia está en vísperas electorales —relativas— y el tema figura en el programa de la oposición, y es popular; Alemania Federal tiene las elecciones encima y, además, Willy Brandt es partidario de la elección directa.

ESTAS dificultades son, en parte, las que hacen pensar que no vaya a producirse ninguna resolución sensacional en París, pero sí que se va a trazar el sendero. Que se va a examinar de una manera muy amplia la medida de interrelación política entre los miembros. La vía va claramente desde la idea de una colación de Gobiernos que entenderá de cuestiones económicas —que es prácticamente lo que existe desde hace años— hasta la creación de una federación o de una confederación.

De izquierda a derecha:
Giulio Andreotti (Italia),
Jack Lynch (Irlanda),
Pierre Werner (Luxemburgo),
Barend Biesheuvel (Países Bajos),
Edward Heath (Gran Bretaña),
Willy Brandt (República Federal Alemana),
Georges Pompidou (Francia),
Anker Joergensen (Dinamarca),
Gaston Eyskens (Bélgica).

PROBABLEMENTE sean más fáciles de abordar y de tratar los dos temas más directamente económicos de esta reunión, tal como los plantea la agenda. Uno es de la unión monetaria y económica, otro el de las relaciones con los Estados de fuera de la Comunidad. Son temas decisivos, tales como la creación de un fondo monetario europeo que pudiera mantener la paridad de las monedas, la lucha contra la inflación —sin contener el desarrollo—, los problemas del paro, la coordinación de unas políticas económicas que controlen desde las grandes empresas de alta industria hasta la cuestión de los granjeros pobres. En la negociación con los países que están fuera de la Comunidad, Francia va a insistir en el gran tema del Mediterráneo, considerado como un paquete; pero el tema central es el del comercio con los Estados Unidos.

ATENCIÓN a la reunión de París: se está preparando la Europa del futuro. La de la década de los años ochenta. Atención, porque en esa fecha, inevitablemente, tendremos que estar dentro de ella. Y tendremos que aceptarla, más o menos, como se haya formado ahora. No en esta reunión de París, que es sólo un jalón, sino en las otras reuniones por venir, y en el propio Parlamento europeo. Hubiera sido deseable que pudiésemos participar ya en su elaboración, como lo están haciendo estos nueve países, y adecuarla en cierta forma a nuestras necesidades, en vez de tenerla que aceptar, más adelante, como ya esté definitivamente hecha y configurada.



Juan Perón, en los últimos tiempos de su poder.

ARGENTINA: LA HIPOTESIS PERON

Este martes se ha celebrado el veintisiete aniversario de la toma del poder por Juan Domingo Perón. Permaneció en él diez años, fue derribado en 1955 y desde entonces, durante diecisiete años, ha residido en el exilio: casi siempre en Madrid, donde, a pesar de su condición de exiliado, puede mantener una actividad política directa, gracias a una especie de convenio entre el Gobierno argentino actual y el Estado español. El Gobierno argentino desea, sobre todo, que se clarifique la posición de Perón, que deje de ser un mito y una amenaza siempre pendiente para que se convierta en un político de carne y hueso, capaz de enfrentarse con otros políticos en unas elecciones generales: las que están previstas para el mes de marzo próximo, que serían las primeras que se celebrasen desde hace muchos años en la República Argentina. Es precisamente a este descenso de pedestal al que parece negarse Perón. Y, probablemente, más íntimamente, al regreso a su país. Y a la política de cada día. Perón tiene setenta y siete años, una vida cómoda en su casa de Puerta de Hierro, una adoración de una gran parte del país y muy pocas seguridades de no ser víctima de un atentado a su regreso al país, donde esta violencia se hace cada día más dura. Su frase de que regresará a la Argentina «cuando el horno esté lo suficientemente caliente como para cocer el pan» es bastante indicativa de su falta de decisión. El horno nunca estará caliente si no lo enciende él mismo: un político no regresa cuando los otros le han preparado el país, sino para prepararlo él mismo.

Queda la duda de si el Gobierno del general Lanusse, que tan repetidamente ha indicado que está dispuesto a recibir en el

país al general Perón, mantendría esa actitud si no estuviese seguro de que no va a volver, si no pondría toda clase de obstáculos si estuviese seguro de la decisión del general. Los términos de la negociación están confusos. No todos los militares están dispuestos a aceptar a Perón como Presidente. Muchos están de acuerdo en la sutileza de permitirle que vuelva al país, pero sin por ello cesar en la política antiperonista. Las condiciones que el propio Perón parece poner en este momento es que se concedan a su grupo medios de expresión —prensa, radio y televisión—, que se licencie al ministro del Interior, a quien se acusa no sólo de la persecución de los peronistas, sino de trazar las elecciones próximas y que se garantice su seguridad personal.

Una de las cosas que se asegura es que el general Perón quiere dar un «primer paso» para su regreso: designar un candidato a la Presidencia que se presente a las elecciones en su nombre, para probar de este modo cómo funcionan las elecciones, si son o no realmente libres, y si el terreno está dispuesto para su regreso.

En esta semana, a partir de este mismo martes en que se conmemora su toma del poder, se esperan acontecimientos que pueden ser graves: desde manifestaciones hasta huelgas y motines. Va a ser una prueba de fuerza entre el Gobierno y la oposición peronista, y algunos observadores de la política argentina temen que degeneren en revolución; otros, en cambio, creen precisamente que agentes del Gobierno van a realizar toda clase de provocaciones para conseguir un aspecto de revolución que puedan reprimir y, con él, cerrar en esta ocasión su «apertura» a Perón.